

**DOMINGO V DE CUARESMA (B)**  
**XXV ANIVERSARIO DE PROFESIÓN MONÁSTICA DEL P. EMILI SOLANO**  
**Homilía del P. Abad Josep M. Soler**  
**25 de marzo de 2012**  
**Jn 12, 20-33**

La petición de aquellos griegos que se dirigieron al apóstol Felipe atraviesa toda la historia humana: *quisiéramos ver a Jesús*. Expresa, queridos hermanos y hermanas, el deseo de todos aquellos hombres y mujeres de buena voluntad que desde diversas creencias y convicciones sintonizan con los valores del Evangelio. Tanto personas de antes como de ahora. *Quisiéramos ver a Jesús*. Aquí *ver* no se limita a expresar el deseo de tener la visión del rostro humano de Jesús con los ojos de la cara. Aquí *ver* significa, como siempre que lo encontramos en el evangelio según san Juan, contemplar con la mirada espiritual, es decir, penetrar con la inteligencia y con el corazón la realidad profunda de Jesús. Para conocerlo, para comprenderlo, para entrar en relación de amistad con él.

El evangelio dice que aquellos *griegos* adoraban al Dios de Israel, por lo que no eran judíos, pero eran piadosos y practicantes del culto del templo de *Jerusalén*. Al saber el deseo de verlo que tenían aquellos *griegos*, Jesús parece que responde con otra cosa. Pero no es así. Jesús manifiesta solemnemente que la venida de aquellos *griegos* interesándose por conocerlo demuestra que *ya ha llegado la hora* de reunir a todas las naciones en torno a él, *glorificado* en la cruz. Que *ya ha llegado la hora* de llevar a cumplimiento la misión para la que había venido al mundo: *reunir a los hijos de Dios dispersos* (Jn 11, 52), atraer a *todos* hacia él.

El evangelista Juan hace hincapié en la libertad soberana que tiene Jesús frente a su muerte. No es que no sienta el drama y no prevea el dolor. *Ahora mi alma está agitada*, dice. Pero no se echa atrás porque sabe que ha *venido* al mundo *para esta hora*, para dar la vida por el bien de la humanidad. Sabe que la cruz llevará fecundidad, de una manera parecida a lo que ocurre con *el grano de trigo*, que cuando *cae en tierra y muere*, se vuelve fecundo y *da mucho fruto*.

A aquellos que querrían *ver* a Jesús, el Señor les dice que no se encontrarán con un personaje que hará alarde de su poder, sino con alguien que, como *el grano de trigo*, da la *vida* para que los demás tengan vida. Y la da muriendo en la cruz porque ama tanto la *vida* de los demás que les ofrece la suya. Para ver a Jesús, pues, no hay otro camino que el del *grano de trigo*; que el de darlo todo por *servir* a Jesucristo y a los demás, sin amar *la propia vida* según los criterios de triunfo en el mundo. Para ser discípulo de Jesús, hay que estar dispuesto a gastar *la propia vida*, dándola abnegadamente a los demás, como lo hace él, teniendo como término la perspectiva de *la vida eterna*, que es la perspectiva de la vida en plenitud. Aunque no se lo parezca a quien no tiene fe, para quien se ha hecho discípulo de Jesús este es el camino que lleva a la paz y a la alegría. Este es el camino que el Padre valora, hasta el punto de que *premiará a quien sirva* a Jesús y a los hermanos.

El modelo es Jesús mismo. Cuando da vida en la cruz, hace realidad la alegoría del *grano de trigo* y *atrae a todos hacia* él. Por este don que hace de sí mismo es glorificado por el Padre y la cruz se convierte en el centro de la humanidad, el quicio en torno al cual gira toda la historia humana, la colectiva y la de cada persona. Para descubrirlo, sin embargo,- para verlo- es necesaria una mirada sencilla y humilde del corazón y de la inteligencia.

*Quisiéramos ver a Jesús*. Es la petición que, formulada de una manera u otra, nos hacen a nosotros, creyentes, nuestros contemporáneos. La pueden formular

preguntando por la felicidad, por la superación de las fragilidades y del dolor, buscando un amor que satisfaga plenamente, manifestando el deseo de no diluirse en las entrañas de la muerte,... Son muchas las maneras de preguntar que, en último término, expresan el deseo de conocer y de comprender a Jesús; que expresan el anhelo de encontrar en él una comprensión total, la paz, la salvación plena. Y nosotros, que somos los apóstoles de hoy, debemos facilitar el encuentro con Jesús. Tenemos la responsabilidad de hacérselo posible. No les podemos falsear la imagen de Jesús, no podemos poner obstáculos que dificulten su conocimiento, no podemos velar la persona del Señor. Tampoco podemos edulcorar su realidad de *grano de trigo* que *muere* para *dar mucho fruto*. Nos libera, nos salva, nos acoge desde su condición de crucificado, de haber sido *elevado* en el árbol de la cruz, que es glorioso porque es el lugar donde él triunfa del Mal, nos libera, nos salva del pecado y de la muerte. La cruz es el lugar donde nos muestra hasta qué punto nos aprecia. Por ello, a quien quiere ver a Jesús le debemos mostrar su amor sin límites manifestado en el don total en la cruz. Pero sólo lo podremos comunicar de una manera creíble si antes lo hemos experimentado nosotros a través de la fe, la oración, la acogida de la Palabra divina, la celebración del Misterio Pascual en los sacramentos, a través de vivir el amor fraterno que gasta la vida al servicio de los demás y vive la solidaridad. Sólo desde el sabernos amados íntimamente por Jesucristo y de haber experimentado la fuerza que nos da, podremos testimoniario con vigor.

Esta vocación de testigos de Jesucristo, la tenemos todos los cristianos. Cada uno según el don que ha recibido en la Iglesia. También los monjes hemos venido al monasterio porque queremos *ver* a Jesús, queremos conocerlo, comprenderlo, entrar en relación de amistad con él. El ritmo y la vida del monasterio nos facilita esta intimidad con el Señor y nos hace posible compartir el día a día con unos hermanos que han recibido la misma llamada y que comparten un mismo ideal. Jesucristo nos atrae y queremos amarlo por encima de todo. Como él quisiéramos reproducir la figura del *grano de trigo* que, gastándose, da vida, hasta que llegue el día que nos sea posible ver cara a cara el rostro tan deseado del Señor glorioso.

Este deseo de entrar en una relación de amistad con Jesucristo, llevó hace veinticinco años el P. Emili Solano a profesar como monje. Lo hizo en el monasterio hermano de Valvanera, el 25 de marzo, en la solemnidad de la Encarnación del Señor. Ahora, ante la Santa Imagen de la Virgen de Montserrat y rodeado de sus hermanos de comunidad, renovará el compromiso de vivir como monje. Todos lo llevamos en la oración para que pueda continuar su búsqueda ansiosa del rostro de Jesucristo.